CANTO III.

El Mesías está aun en el lugar de los sepulcros.—Los padecimientos de la redencion aumentan en su alma.—Elohá desciende del Cielo á contar sus lágrimas.—Un serafin del Sol, enviado por los patriarcas, viene á ver á Jesús en el monte de las Olivas.—Encuentra allí á los ángeles custodios de los apóstoles, que le dan á conocer el carácter y vida de cada uno de los escogidos del Salvador.—Satanás seduce á Júdas Iscariote por medio de un sueño que lo afirma en sus criminales designios.—Jesús, que se habia dormido, se despierta y viene á hablar con sus discípulos.—Júdas se mantiene aparte, y acaba por alejarse.—Satanás le sigue y continúa empujándolo al crimen.

¡Yo te saludo, oh tierra amada! Por fin te vuelvo á ver, tierra, en que recibí el ser! ¡Bendito seas, suelo natal, tú que me cubrirás con tierna solicitud, cuando vaya á dormir á la tumba que me preparas en tu seno fresco y puro! Pero esta tumba, me atrevo á esperarlo así, no se abrirá para mí hasta que haya terminado el himno de la nueva alianza. ¡Oh! Entonces podrán quedar mudos los lábios del poeta que han osado cantar el Mesías; podrán cerrarse los ojos del hijo de Adam, que derramaron tantas lágrimas cuando se extraviaban en las nubes que nos velan la gloria de los Cielos, y sus fieles amigos podrán depositar sus frios restos en la cuna de la eternidad. Vosotros todos, que un dia me dareis esta última prueba de vuestro afecto, rodead mi tumba de palmeras siempre verdes, de laureles con flores suaves y puras como la primera sonrisa de la inocencia. El despertar me pareceria más bello, si, al sacudir las cenizas

de la muerte, me hallara á la sombra de árboles, cuyo dulce perfume me recordara los tiernos cuidados de la amistad.

Y tú, musa de Sion, severa como la Justicia, y benévola sin embargo, tú me has conducido á los Infiernos y vuelto á la luz; pero no habrás hecho nada si no serenas mi alma, afectada por las horribles imágenes que acaban de pasar ante ella. Que uno solo de tus celestiales acordes la penetre, y encontrará la fuerza necesaria para cantar el misterio de la redencion.

El Mesías está aun solo con Juan bajo las lúgubres bóvedas en que Jerusalem deposita sus muertos. Sentado sobre blanqueados huesos, á la sombra de las alas de la noche, medita sobre sí mismo, inmortal como su Padre, y sobre la especie humana entregada á la muerte. Ve los pecados de los tiempos futuros, y á Satanás, que manda á aquella infernal cohorte. El espíritu de las tinieblas arrastra á los hijos de Adam cada vez más lejos de la protectora mirada de Dios; los atrae hácia sí, y se los traga como el remolino, en el seno de un mar encerrado por costas indomables en un lecho demasiado angosto, atrae y se traga las olas de un mar vecino, y al navegante imprudente que las surca con la engañosa seguridad que da siempre la ignorancia del peligro.

Con el alma afligida por esta vision profética, Jesús levanta suplicante su pensamiento hácia su Padre, que en este momento supremo lo contempla desde lo alto de su trono de soberano juez. Una majestad severa brilla en la mirada del Eterno, pues va á pronunciar sobre el Mesías el más terrible de los decretos. Pero una sonrisa de inefable bondad, de tristeza divina, templa esta tremenda severidad; una sonrisa, una lágrima diáfana, inmensa, una lágrima del Eterno... la segunda que los Cielos han visto

brillar en los ojos de su creador: la primera cayó sobre Adam, cuando perdió al género humano.

La tempestad brama, la Tierra tiembla, los vientos rugen, los mares se estremecen en sus vastos lechos, los astros se velan de nubes, la naturaleza toda gime ante el mudo dolor del Padre, ante la sublime resignacion del Hijo, y los mundos llenos de respeto y terror se detienen en sus inmensas parábolas.

Flotando en argentadas nubes, Elohá, el más grande de los serafines, desciende á la Tierra; llega á los sepulcros, se detiene cerca del Mesías, cuenta sus suspiros y lágrimas y vuelve á subir á los Cielos.

Álzase Jesús del polvo en que se habia prosternado, toca los ojos de Juan y les presta por un instante el poder de contemplar á los inmortales. El bienaventurado discípulo ve al serafin en todo su esplendor divino: su pecho parece romperse bajo el peso de la felicidad que le abruma; sus brazos enlazan las rodillas del Mesías, y por la primera vez sus trémulos labios lo nombran el Salvador del mundo, el Dios eterno.

Hace muchas horas que los demás discípulos de Jesús, inquietos por su larga ausencia, se han reunido al pié del monte de las Olivas. Uno solo de entre ellos ha dejado de ser digno de su alta mision; los otros, llenos de inocencia y de candor, ignoran todos los tesoros de virtud que encierran sus corazones; pero Dios lo sabe y los ha creado para la gloria eterna. Antes de enviarlos á la Tierra, les ha preparado sillas de oro entre los cuarenta sitios de honor que ocupan los patriarcas de los Cielos. Un dia, nubes sombrías se condensaron por encima de una de estas sillas; luego estas nubes se dilataron en brillantes rayos, y la voz de Elohá pronunció estas terribles palabras: «Ha perdido el trono de

los escogidos; otro más digno que él vendrá á sentarse aquí.»

Los ángeles custodios de los discípulos del Mesías vienen á reunirse con ellos en el monte de las Olivas. Invisibles á sus miradas, se disponen á seguirlos, cuando un serafin que llega del Sol se presenta en medio de ellos. Es uno de los cuatro génios, que, después del sublime Uriel, dirigen el movimiento de los astros: los Cielos le dan el nombre de Sélia.

—«Mis celestiales amigos, dice Sélia á los ángeles custodios: ¿no es en este monte donde el Mesías padece? Las almas de los patriarcas me han enviado cerca de él. ¡Ah! ¿Por qué tan pronto ha ocultado la Tierra á la claridad del Sol el punto santificado por su Salvador? En vano es que Uriel continúe dejando caer sus rayos vivificantes, pues alumbran otro hemisferio, que no tiene atractivo para nosotros. No, no es allí donde el Hombre-Dios camina hácia el altar del sacrificio. Indicadme, hermanos mios, el valle en que podré encontrarlo: yo recogeré sus palabras, sus lágrimas y suspiros, para llevarlos al Sol, desde donde nuestros santos patriarcas no pueden ya verlo porque la noche lo oculta á sus miradas.»

Y Orion, el ángel de Simon Pedro, contesta:

«Ve al que buscas al pié del monte, á la entrada de los sepulcros.»

Sélia descubre al hijo del Eterno, y permanece en un dulce arrobamiento. Las horas nocturnas despliegan sus sombríos velos sobre su cabeza: dos de estas fugitivas mensajeras del tiempo se han perdido ya en la eternidad, y el serafin está aun inmóvil en su sitio.

Un sueño dulce y ligero, el último cuya influencia debe sentir Jesús sobre la Tierra, se acerca lentamente; y la paz

del justo, enviada por el Eterno, derrama sobre su escogido sus más suaves perfumes, y lo rodea con sus más inefables murmurios... El Mesías se duerme.

Sélia se acerca á los ángeles, y les dirige la palabra con fraternal sonrisa.

—«Decidme, os ruego: ¿quiénes son esos hombres que se pasean lentamente al pié del monte? Un dolor dulce y profundo vela sus semblantes sin oscurecerlos: así se afligen las almas buenas. Sin duda lloran la muerte de un amigo virtuoso.»

—«Felicítate, contesta Orion: estás viendo en ellos los doce bienaventurados discípulos que el Redentor se ha dignado elegir por amigos, y cuya guarda nos ha confiado. Nosotros le vemos y oimos, cuando con una amable condescendencia toma de las cosas de la Tierra las imágenes más propias para iniciarlos en las virtudes inmortales. ¡Ah Sélia! si tú pudieras contemplarle en la plenitud de su divina amistad, tu corazon se dilataria de jubilosa dicha. ¡Cuán dulce es oir á los sencillos discípulos, cuando hablan entre sí de su divino maestro! Más de una vez me han hecho sentir no ser de la raza de Adam. Si mi alma pudiera habitar un cuerpo perecedero como el que el Mesías ha tomado de la Tierra, yo podria á lo menos morir por él; y cuando mi último suspiro se elevara triunfante hácia el trono celestial, tú, oh Sélia, me conducirias á los Cielos en el más bello de tus soles.»

Sélia quedó abismado en la contemplacion de los apóstoles.

—«Hélos, pues, exclama; hé ahí á esos amigos de Jesús, cuya gloria envidian los ángeles. Sí, digna es de envidia esa gloria: el hijo del Eterno los trata como hermanos. Un dia se sentarán cerca de su trono en sillas de oro, donde

juzgarán con él á los pueblos y reyes de la Tierra. Desde hace mucho tiempo veo brillar sus nombres en el libro de la vida: quiero conocer por vosotros á los que llevan estos nombres. ¿Quién es aquel cuya mirada espléndida parece preguntar á cuanto lo rodea por el amado maestro, cuya larga ausencia lo inquieta?»

—«Ese discípulo, contesta Orion, es el mayor de los doce; es Simon Pedro, confiado á mi guarda. Yo estoy á su lado cuando escucha con santo arrobamiento las lecciones del Mesías; y lo observo cuando, lejos de él, su corazon se abandona á los presentimientos de los misterios que van á cumplirse. Para apreciarle íntegramente, seria menester que leyeras como yo en el fondo de su alma. Jesús le ha dicho que lo negará tres veces... ¡Revelacion funesta! Pedro, amigo mio, hermano mio, cuando lo oiste de boca de tu maestro, juraste que nunca te harias culpable de semejante crímen. El hijo del Eterno repitió las mismas palabras, y su mirada se fijó en tí con la más inefable bondad: el perdon brillaba ya en esta mirada sublime. ¡Infortunado Pedro! tu falta es bien segura. ¿Qué espíritu perfecto podrá responder de sí, cuando has de faltar tú? Pero ¿qué pecador podrá desesperar de la misericordia de un Dios que perdona anticipadamente al discípulo que debe negarle?»

Conmovido ante el dolor de Orion, Sélia procura consolarle.

—«Si es necesario que caiga ese mortal noble y generoso, dijo Sélia, él se levantará más limpio y fuerte que nunca. Pero nómbrame á aquel otro que se acerca á él con tierna solicitud.»

—«Es su hermano Andrés, contesta el ángel custodio de este apóstol. Fué un tiempo discípulo de Juan el Pre-

cursor: una sola palabra del Mesías bastó para que le siguiera, y está pronto á derramar su sangre por su divino maestro.»

El ángel Libaniel designa al tercer apóstol, que se adelanta hácia los dos hermanos.

—«Mira, amigo Sélia, le dice; aquel es Felipe. Ve qué serenidad tan divina embellece su semblante. Su corazon es todo amor, y su pensamiento un himno perpétuo á la gloria del Eterno. Su vista sola bastaria para conmover y persuadir, y sin embargo, ha recibido el don de la elocuencia. Dulces palabras que encantan, que consuelan, que persuaden, corren de sus lábios, como el rocío cae del Cielo á las primeras horas del dia, como los más suaves perfumes se exhalan del cáliz de la flores por la noche.»

—«¿Y aquel otro, que se pasea silencioso y solitario á la sombra de los cedros?»

—«Es Santiago, el hijo de Zebedeo, contesta su ángel custodio. La ambicion del sabio no aspira más que á triunfos celestiales: parecer grande y sin mancha á la faz de todas las generaciones, el dia en que los muertos dejen sus sudarios, es el único deseo de Santiago. Sigue los pasos del Mesías, menos como simple mortal, que como santo que presiente ya sus altos destinos. Aceptando los votos que forma su alma divina, el Cielo no tardará en recompensarle. Muy en breve obtendrá una victoria brillante en presencia del universo. Santiago gozará, el primero entre los doce apóstoles, la gloria del martirio.»

—«Amigo Sélia, dijo el ángel Megidon, echa una mirada benévola al jóven que ves sentado allá en aquella piedra. Es Simon el Cananeo, en otro tiempo humilde pastor del valle de Saron (1). Habiéndose Jesús sentado en su pobre

(1) Valle de la Palestina, célebre en la Sagrada Escritura.

cabaña, Simon se apresuró á matar el mejor de sus corderos, y preparó una comida al divino profeta. Y cuando el Mesías le dijo: *Sígueme*, Simon abandonó su rebaño, y se consagró enteramente á su maestro, cuya divinidad siente su corazon, aunque su espíritu no puede comprenderlo.»

El ángel Adoram toma á su vez la palabra.

—«Aquel que se acerca en este momento á los otros discípulos, es Santiago, hijo de Alfeo. Su aire severo y su aspecto grave anuncian una virtud rígida y un carácter silencioso. Su boca dará pocas lecciones á los siglos venturos, pero su vida les legará grandes ejemplos. Los hombres podrán olvidarle, pero el Eterno le reserva sus mas bellas coronas.»

El ángel custodio de Tomás, dice á su vez:

—«Hé allí á mi jóven protegido, que sale de en medio de las sombrías rocas, donde con frecuencia se pierde en meditaciones superiores á sus fuerzas: en cada pensamiento halla siempre su espíritu un pensamiento nuevo, y se habria extraviado en ese cáos, si el Mesías no lo hubiera llamado á sí; pero su espíritu meditativo procura aun sondear las profundidades de lo desconocido.»

—«Voy á mi vez á informarte del raro mérito de Mateo, dijo su divino protector á Sélia. Criado en el seno de la opulencia, y formado en el amor de las riquezas, una mirada del Mesías lo levantó de aquel estado de abyeccion, á la manera que un héroe, cuando la patria lo llama, se arranca á los peligrosos encantos de la molicie; pero no es una gloria mortal la que á Mateo espera: en la arena en que la virtud combate con el pecado, cada victoria de este apóstol será inscrita en los Cielos.»

El ángel Siona designa luego á Sélia un anciano venerable, en actitud meditativa, y dice:

—«Es Bartolomé. La piedad, la paz que sus facciones anuncian, están en perpétua armonía con su cabeza blanca, asiento de pensamientos sublimes y de celestiales virtudes. Su vida y más aun su muerte atraerán las miradas de pueblos numerosos. En medio de una cruel agonía sonreirá á sus hermanos y aun á sus verdugos. ¡Oh! entonces, amigos mios, todos nos apresuraremos á limpiar su ensangrentado rostro, para que los hombres puedan ver la sonrisa del mártir, y esta sonrisa les haga conocer al Dios que murió por ellos.»

—«Y aquel jóven de frente pálida, de lábios silenciosos, es Lebbeo, dijo el ángel de este discípulo. No hay alma más tierna ni más amante que la suya, aun entre las de los ángeles. Cuando el Eterno me mandó hacerla salir de las regiones que todas habitan antes de descender á la Tierra, encontré el alma de Lebbeo envuelta en una apacible nube: habia escuchado más de una vez nuestras quejas y visto correr nuestras lágrimas sobre los vicios y miserias humanas; y esta impresion de ternura y celestial melancolía fué ya su facultad dominante. Yo la confié suspirando al soplo de una aura matutinal, que la llevó al lecho de dolor en que gemia una madre moribunda, y Lebbeo nació.

«En vano aparté yo de su cuna todos los males que asédian á la infancia; él lloró mucho más de lo que ordinariamente lloran los mortales. La adolescencia y la juventud, en vez de la alegría que las caracteriza, solo han tenido para él dolores y pesares. Insensible á sus propios padecimientos, las penas de los demás afligian su corazon.

«Hoy, discípulo del Mesías, su excesiva sensibilidad se ha aumentado aun por la abnegacion con que ama á su maestro. Te lo confieso, ¡oh! Sélia! tiemblo por él: los crueles tormentos, la terrible muerte que debe sufrir el hijo del Eterno desgarrarán el corazon de Lebbeo.

«Hélo que se dirige á nosotros con paso vacilante: viene buscando á Jesús; profundos suspiros levantan su pecho, y sus ojos arrasados de lágrimas no podrán vernos, dado que nos fuera permitido mostrarnos á sus ojos mortales.»

Lebbeo llega en medio de los ángeles, que se dispersan ante este discípulo, cuyos lábios exhalan gemidos lamentosos. Creyéndose solo, levanta los brazos al Cielo, y su dolor deja escapar estas entrecortadas palabras:

—«Jesús, maestro mio, amigo y hermano, ¿dónde estás? ¿Habrás caido ya en poder de tus enemigos?... Sí, los hombres perversos, á quienes espanta la virtud, te han inmolado á su furor. Ya no existes, y yo no he podido aliviar los dolores de tu agonía con los cuidados y consuelos de la amistad... Mis ojos no han podido ver tu último suspiro de amor y de misericordia, ni cerrarse para siempre con los tuyos. Este corazon atormentado por crueles angustias, ¿no puede dejar de latir? Mi alma creada para los tormentos, como la sombría nube para la tempestad, ¿no puede dormir el sueño de la muerte?...»

Dijo; y quebrantado por el sufrimiento, cae desmayado al pié de un olivo.

Arrancando al momento una rama del árbol de la paz, los ángeles la agitan sobre la cabeza del discípulo. Un ligero encarnado reanima luego su semblante; vuelve á la vida, y muy luego un sueño benéfico repara las fuerzas de su fatigado cuerpo, mientras que una vision profética, mostrándole al Mesías rodeado de una gloria celestial, trae á su alma la esperanza y la felicidad.

Sélia lo contempla con ternura fraternal; pero de repente la vista de otro discípulo, á quien no conoce todavía, llama su atencion.

—«¿Quién es aquel hombre, pregunta, que se pasea por